

Indignación en la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana

Una ocurrencia social

Erik Ávalos Reyes

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Morelia, México)

¿Qué es la indignación? ¿Qué son las indignaciones? ¿Qué función tiene la indignación? Se puede pensar que dicho adjetivo político ha emanado genealógicamente de un sinfín de batallas prácticas y teóricas donde han dejado –mujeres y hombres– sangre, errores, propuestas de reorganización socioeconómica y, además, largas discusiones en cafés, en todos los rincones, calles, blogs y plazas del mundo, donde acaecen los prístinos axiomas para guiar una forma de acción política, cuya preponderancia es encabalar un desahogo momentáneo de esa tensión provocada por los grandes y bien logrados dispositivos de control en la posmodernidad o, más al acomodo del momento, capitalismo en vías de mutación.

En algún momento de esos sucesos que pulularon por todo el mundo, de la misma forma que también desaparecieron, se contó con la idea popular de que algo estaba cambiando o por cambiar; intelectuales, medios de comunicación, empresas, internet, iglesias, artistas y anónimas voces levantaron ideas y consignas por un mundo distinto, un racimo de casualidades y eventos totalmente ajenos entre sí fueron los nudos que hicieron converger esa fuerza, ese interés, ese impulso que inexplicablemente se manifestó en una conciencia colectiva; desafortunadamente no escaparon a las predicciones de ciertos personajes ajenos a todo ello, hablando de esa sociedad civil comprometida con otras formas de hacer mundo como simples aglutinaciones destinadas a desaparecer en las brasas de medios de comunicación, políticos oportunistas y estados ávidos de aplicar las leyes forjadas por guetos de ciudadanos ajenos a la moda de acampar en plazas públicas. Masas sin forma, sin propuesta, sin la preocupación de elaborar un proyecto de comunidad mundial que hace miles de años aparecen y desaparecen, una servidumbre voluntaria que denunciara hace seis siglos De La Boétie y que, como podemos constatar, el estatus político de *indignado* se pega a esa lista de categorías serviles.

Desde los jóvenes árabes que exigían la caída de los políticos viejos, desde los ciudadanos griegos que pedían no depender económicamente de la unión europea, desde los jóvenes norteamericanos que denunciaban el alto nivel de corrupción entre el gobierno de su país y los bancos transnacionales, desde la capital española donde se exigían oportunidades para todos los ciudadanos y no simplemente para una clase privilegiada; todos esos frentes de batalla solamente mostraron la inmediatez de la época, la sociedad arrastrada por los momentos “históricos”, por la furia de un coraje más parecido a capricho que a decisión civil. La indignación es hacia los que se indignan, no dejan de ejercitar su estatus de parias o mendigando, no una escucha, sino a acceder al poder que no se posee,

¿qué harían realmente si se les delega el control de la sociedad? ¿Seguirían practicando una falsa indignación o inmediatamente reactivarían la maquinaria del poder?

Una maquinaria de poder empedernidamente embriagada por la necesidad de controlarlo y exprimirlo todo; es cierto, que el “movimiento de los indignados” muestra en buena medida el cansancio de lo mismo, la necesidad de nuevas formas de apropiarse del mundo y de recrear las posibilidades de lo humano, sin embargo, se queda trunco ese vago supuesto, en estos días, se ha observado como han sido desmembradas esas fuerzas sin objetivo, ya no hay indignados en el mundo, solamente grupos esporádicos de personas que intentan sobrevivir al mero hecho de indignarse y no producir nada, estériles invenciones de la sociedad que justifican la tolerancia o intolerancia del estado. La δόξα siempre domesticable, perdió una posibilidad más de desaparecer su condición de esclavos y caen, una vez más, ante la tiranía de su conformismo.